

solterona que no calculaba nada, amaba entonces á la persona tanto como á su fortuna. Ahora, empleando el lenguaje de la época, preguntaremos nosotros: ¿no había un drama singular en la situación de estos cuatro personajes? ¿No se veía algo de extravagante en estas tres rivalidades nacidas en torno de una solterona, que no las adivinaba no obstante un espantoso y legítimo deseo de casarse? Pero, aunque todas estas circunstancias contribuyan á que el celibato de esta dama resulte cosa extraordinaria, no creáis que es cosa difícil explicar el cómo y por qué estaba aún soltera, no obstante su fortuna y sus tres pretendientes. En primer lugar, siguiendo la tradición de su casa, la señorita Cormón había abrigado siempre el deseo de casarse con un noble; pero, desde 1789 á 1799, las circunstancias fueron muy desfavorables para sus pretensiones, porque si tenía grandes deseos de ser mujer de condición, también tenía un miedo horrible al tribunal revolucionario. Estos dos sentimientos, iguales en fuerzas, la mantuvieron estacionada gracias á una ley que es tan verdadera en estática como en estética. Por otra parte, este estado de incertidumbre agrada siempre á las muchachas mientras se creen jóvenes y con derecho á escoger marido. La Francia sabe que el sistema político seguido por Napoleón dió por resultado dejar á muchas mujeres viudas, y que bajo su reinado la proporción entre el número de herederas y el de pretendientes fué muy desigual. Cuando el Consulado restableció el orden interior, las dificultades exteriores hicieron el matrimonio de la señorita Cormón tan difícil como lo había sido antes. Si Rosa-María-Victoria se negaba por una parte á casarse con un viejo, por otra el temor al ridículo y otras circunstancias le prohibían casarse con un hombre demasiado joven, y sabido es que entonces las familias casaban muy pronto á sus hijos á fin de librarles de ciertos trabajos del servicio militar. Además de todo esto, la señorita Cormón, llevada de su testarudez de propietaria, no se hubiera casado tampoco con un militar, porque no se unía á un hombre para entregárselo al emperador, sino que lo quería para sí sola. De 1804 á 1805 le fué, pues, imposible luchar con los jóvenes que se disputaban los buenos enlaces, bastantes menguados por el cañón. Además de su predilección por la nobleza, la señorita Cormón tuvo siempre la excusable manía de querer ser amada por sí misma, y nunca podríais imaginar hasta dónde la llevó siempre este deseo.

Llevada de su afán de poner á prueba los sentimientos de sus adoradores, empleó su ingenio en tenderles mil lazos, y estas trampas estaban tan bien armadas, que los infortunados fueron cogidos en ellas y sucumbieron. La señorita Cormón no los estudiaba, sino que los espiaba. Una palabra dicha á la ligera, una frase que á veces era mal comprendida por ella, bastaba para que rechazase á los postulantes como indignos: éste no tenía corazón ni delicadeza; aquél mentía y no era cristiano; el uno no tenía carácter para hacer feliz á una mujer; el otro era propenso á una gota hereditaria; el de más allá tenía antecedentes morales que la asustaban; en una palabra, que, al igual que la Iglesia, exigía un hermoso sacerdote para sus altares, y además quería que se casase con ella por su mentida beldad y sus pretendidos defectos; así como las demás mujeres quieren que se casen con ellas por cualidades que no tienen y por hipotéticas bellezas. La ambición de la señorita Cormón tenía su origen en los sentimientos más delicados de la mujer, toda vez que contaba regalar á su amante descubriéndole mil virtudes después del matrimonio, así como otras mujeres descubren las mil imperfecciones que han ocultado cuidadosamente; pero la noble joven fué mal comprendida, y no encontró más que almas vulgares preñadas de bajos intereses é ignorantes todas del hermoso arte del sentimiento. Cuanto más avanzó la solterona por esa fatal época llamada con tanto ingenio la segunda juventud, más aumentó su desconfianza. La señorita Cormón supo siempre presentarse tan bien del lado más desfavorable y desempeñó con tanto arte su papel, que los últimos reclutas temieron unir su suerte á la de una persona cuya virtuosa farsa exigía un estudio que suelen hacer muy poco los hombres que aspiran á una mujer digna. El temor constante de que se casasen con ella por su fortuna la inquietó y la hizo excesivamente desconfiada; espantó á las gentes ricas, y éstas podían contraer buenos matrimonios; temía, por otra parte, á los pobres negándoles desinterés, y de esta suerte sus exclusiones contribuyeron á disminuir de un modo atroz el número de los pretendientes. A cada casamiento abortado, la pobre joven, llevada á despreciar á los hombres, debió acabar por verlos á todos bajo un falso prisma, y su carácter contrajo necesariamente una íntima misantropía que comunicó cierto tinte de amargura á su conversación y alguna severidad á su mirada. Su celibato determinó una rigidez creciente en sus

costumbres, puesto que, una vez perdida la esperanza, ella procuró perfeccionarse. ¡Noble venganza! aquella célibe talló para Dios el diamante en bruto destinado para el hombre. La opinión pública no tardó en serle contraria, pues el público acepta la sentencia que una persona libre dicta contra sí misma no casándose, despreciando ciertos partidos ó rechazándolos. Cada uno juzga que tales negativas están fundadas en razones secretas mal interpretadas siempre. Este decía que estaba mal conformada; aquél le atribuía defectos ocultos; pero la pobre muchacha era pura como un ángel y estaba sana como un niño y llena de buena voluntad, pues la naturaleza la había destinado á todos los placeres, á todas las dichas y á todas las fatigas de la maternidad.

Hemos de confesar, sin embargo, que la señorita Cormón no tenía en su persona el auxiliar obligado de sus deseos, ya que su belleza pertenecía á esa clase llamada impropriamente *belleza del diablo*, y que consiste en una juventud fresca que, teologalmente hablando, no puede atribuírsele al diablo, á no ser que se quiera expresar con este dicho el constante deseo que éste tiene de refrescarse. Los pies de la heredera eran anchos y llanos, y su pierna, que ella dejaba adivinar á veces cuando, después de haber llovido, se levantaba la falda al salir de su casa ó de San Leonardo, no podía ser tomada por la pierna de una mujer, puesto que era nervuda, saliente y dura como la de un marinero. Una buena estatura, unas carnes de nodriza, unos brazos fuertes y rechonchos, unas manos encarnadas, todo en ella estaba en armonía con las formas bombeadas y la característica blancura de las bellezas normandas. Unos ojos de un color indeciso daban á su cara, cuyos contornos redondos carecían de nobleza, un aire de asombro y de sencillez que, por lo demás, sentaba admirablemente á una soltera, pues si Rosa no hubiera sido en realidad inocente, hubiera parecido serlo. Su nariz aguileña contrastaba con la pequeñez de su frente, y decimos contrastaba porque es muy raro que esta forma de nariz no implique una hermosa frente. No obstante unos labios gruesos y encarnados, indicio de una gran bondad, aquella frente anunciaba magníficas ideas para que el corazón fuese dirigido por la inteligencia: la heredera debía ser benévola por temperamento. Ahora bien, se reprocha severamente á la virtud sus defectos, y en cambio se emplea sobrada indulgencia para las cualidades del vicio. Unos cabellos castaños

y de una largura extraordinaria comunicaban á la cara de Rosa Cormón esa belleza que resulta de la fuerza y de la abundancia, los dos caracteres principales de su persona. En su juventud, Rosa solía poner la cara de medio lado para enseñar una bonita oreja que se destacaba perfectamente del blanco azulado de su cuello y de sus sienes, realzado por su enorme cabellera. Vista de este modo en traje de baile, podía parecer hermosa. Sus formas protuberantes, su estatura y su salud vigorosa arrancaban á los oficiales del emperador esta exclamación: «¡Vaya una buena moza!» Pero con los años, la gordura elaborada por una vida sosegada y tranquila se había repartido tan mal sobre aquel cuerpo, que había destruido sus primitivas proporciones, y en este momento no había corsé que pudiera hacer ver las caderas de aquella pobre muchacha, que parecía hecha de una sola pieza. La armonía de su talle no existía ya, y su amplitud excesiva hacía temer que al bajarse fuese vencida por las masas superiores. Pero la naturaleza la había dotado de un contrapeso natural que hacía inútil la engañosa precaución de un miriñaque. En ella todo era verdadero. Su barba, al triplicarse, había disminuído la longitud de su cuello y había privado de gracia á los movimientos de su cabeza. Rosa no tenía arrugas, pero sí pliegues; y los burlones aseguraban que, para no escocerse, se ponía polvos de arroz en las articulaciones, como suele hacerse con los niños. Esta mujeraza tenía para un joven lleno de deseos como Atanasio todos los atractivos que debían seducirle. Las imaginaciones jóvenes, esencialmente ávidas y valerosas, suelen sentirse atraídas por tales masas de carne. Rosa era la perdiz rolliza atrayendo el cuchillo del goloso. Muchos elegantes de París empeñados se habrían resignado á hacer la felicidad de la señorita Cormón, pero la pobre muchacha tenía ya más de cuarenta años. En este momento, después de haber procurado durante una larga época de su vida encontrar al ser soñado, y viéndose, no obstante, obligada á estar soltera, Rosa justificaba su virtud con las prácticas religiosas más severas, y había acudido á la religión, esa gran consoladora de las virginidades bien guardadas. Un confesor dirigía bastante estúpidamente hacia tres años á la señorita Cormón por la senda de las maceraciones y le recomendaba el uso de la disciplina, práctica ésta que, si no se engaña la medicina moderna, produce un efecto contrario al que esperaba

aquel pobre sacerdote, cuyos conocimientos higiénicos eran bastante escasos. Estas absurdas prácticas comenzaban á comunicar cierto colorido monástico á la cara de Rosa Cormón, la cual se desesperaba frecuentemente al ver que su tez blanca adquiría tonos amarillos que anunciaban ya la madurez. El ligero bozo que cubría su labio superior empezaba también á aumentar y se dibujaba como una mancha de humo. Las sienes adquirían tonos relucientes, y, finalmente, comenzaba el decrecimiento. Era auténtico en Alençon el dicho de que la sangre atormentaba á la señorita Cormón, la cual solía hacer ciertas confidencias al caballero de Valois, dando motivo á que éste sacase entonces su tabaquera, contemplase un momento á la princesa Goritzza y le dijese:

—Querida señorita, el verdadero calmante sería un señorito guapo y bueno.

—Pero, ¿de quién fiarse?—le respondía ella.

Entonces el caballero se sacudía el polvo de rapé que había caído sobre su chaleco. Para todo el mundo, este gesto hubiera sido muy material; pero á la pobre Rosa le causaba siempre inquietudes. La violencia de esta pasión sin objeto era tan grande y temía tanto la señorita Cormón dejar ver en sus ojos el sentimiento que la animaba, que no se atrevía á mirar á un hombre á la cara. Por un capricho que era tal vez la continuación de su antiguo proceder, la solterona, aunque se sentía atraída hacia los hombres que podían aún convenirle, temía tanto ser tachada de loca pareciendo hacerles la corte, que los trataba con poca amabilidad. La mayor parte de las personas que la trataban, al reconocerse incapaces de apreciar sus motivos siempre tan nobles, explicaban su manera de proceder como la de sus cocélibes, ó sea como la venganza de haber sufrido ó previsto una negativa. A principios del año 1815 Rosa alcanzó ya esa fatal edad de cuarenta y dos años que ni ella misma confesaba, y su deseo adquirió entonces una intensidad que rayó en monomanía, pues comprendió que toda probabilidad de progeneratura acabaría por perderse, y lo que ella deseaba sobre todo en medio de su celestial ignorancia, era el tener hijos. En todo Alençon no había una sola persona siquiera que atribuyese á esta soltera ni un solo deseo de las licencias amorosas, y tenían razón, puesto que Rosa amaba sin imaginar lo que era el amor, era una Inés católica incapaz de inventar ninguna de las astucias de la Inés de Molière. Hacía algunos

meses que la señorita Cormón abrigaba una esperanza. El licenciamiento de las tropas imperiales y la reconstitución del ejército real operaban un cierto movimiento en el destino de muchos hombres que volvían á medio sueldo unos y otros sin pensión á sus respectivos países, deseosos de corregir su mala suerte y de buscar un final que para la señorita Cormón podría ser un delicioso principio. Era difícil que entre los que volvieron á los alrededores no se encontrase algún valiente militar honrado, válido ante todo, de edad conveniente y cuyo carácter compensase sus opiniones bonapartistas, y ¿quién sabe? hasta es fácil que se encontrase alguno que, por reconquistar una posición perdida, se hiciese realista. Este cálculo sostuvo aún durante los primeros meses del año á la señorita Cormón en su severa actitud; pero los militares que fueron á vivir á la villa eran todos ó demasiado viejos ó demasiado jóvenes, demasiado bonapartistas ó demasiado pillos, y estaban todos en situaciones incompatibles con las costumbres, el rango y la fortuna de la señorita Cormón, la cual perdió cada día más las esperanzas. Los oficiales superiores se habían aprovechado todos de sus ventajas bajo el reinado de Napoleón para casarse, y se hacían realistas en interés de sus familias. La señorita Cormón rogaba en vano á Dios que le concediese la gracia de enviarle un marido á fin de poder ser cristianamente feliz, y sin duda estaba escrito que moriría virgen y mártir, toda vez que no presentía ningún hombre que pudiese acomodarse á sus deseos. Las conversaciones que se tenían en su casa todas las noches bastaban para que no pudiese llegar á Alençon ningún extranjero sin que ella conociese sus costumbres, su fortuna y su calidad. Pero no es Alençon villa que atraiga al forastero, no está en el camino de ninguna capital y, por lo tanto, ofrece pocas casualidades. Los marinos que van de Brest á París ni siquiera se detienen allí. La pobre muchacha acabó por comprender que tenía que reducirse á los indígenas; así es que sus ojos tomaban á veces una expresión feroz, á la que el malicioso caballero respondía con una astuta mirada sacando su tabaquera y contemplando á la princesa Goritzza. El señor de Valois sabía que en la jurisprudencia femenina una primera fidelidad es solidaria del porvenir; pero, confesémoslo, la señorita Cormón tenía poco talento, no comprendía el manejo de la tabaquera y redoblaba su vigilancia para combatir al *espíritu*

*maligno*. Su rígida devoción y los principios más severos contenían sus crueles sufrimientos en los misterios de la vida privada. Todas las noches, al quedar sola, pensaba en su juventud perdida, en su fresca marchita y en los deseos de la naturaleza engañada, é inmolando al pie de la cruz sus pasiones, poesías condenadas á quedar en carterá, se prometía, si por casualidad se presentaba un hombre de buena voluntad, no someterle á ninguna prueba y aceptarle tal cual fuese. Sondando sus buenas disposiciones durante ciertas noches más ásperas que las demás, llegaba hasta á casarse con el pensamiento con algún subteniente fumador á quien se proponía convertir á fuerza de cuidados, de complacencias y cariño, en el mejor sujeto de la tierra, y exaltándose aún más, llegaba hasta á admitirle plagado de deudas. Pero era preciso el silencio de la noche para estos matrimonios fantásticos, en los que ella se complacía en desempeñar el sublime papel de ángel guardián, pues al día siguiente si Petra encontraba la cama de su ama sin orden ni concierto, la señorita había recobrado su dignidad, y después de almorzar no se contentaba á no ser con un hombre de cuarenta años, propietario, bien conservado y casi joven.

El abate Sponde era incapaz de ayudar á su sobrina en sus maniobras matrimoniales. Este buen hombre, que contaba ya setenta años, atribuía los desastres de la revolución francesa á algún designio de la Providencia, deseosa de castigar á una Iglesia disoluta. El abate Sponde había tomado, pues, ese sendero, abandonado hace ya mucho, y que frecuentaban antaño los solitarios para ir al cielo; hacía una vida ascética, sin énfasis y sin aparato exterior, ocultaba al mundo sus obras de caridad y sus continuas plegarias y mortificaciones, opinaba que los sacerdotes debían obrar todos de aquel modo durante la tormenta y predicaba con el ejemplo. Al mismo tiempo que ofrecía al mundo un rostro tranquilo y risueño, el sacerdote acabó por librarse por completo de los intereses mundanos; pensaba exclusivamente en los desgraciados, en las necesidades de la Iglesia y en su propia salvación, y había dejado la administración de sus bienes á su sobrina, la cual le entregaba sus rentas y á la que pagaba él una módica pensión, á fin de poder gastar el resto en limosnas secretas y en donativos á la Iglesia. Todos los afectos del abate se habían concentrado en su sobrina, que le consideraba como un padre; pero el buen cura resultaba un

padre distraído, que no concebía las agitaciones de la carne y que daba gracias á Dios porque mantenía á su querida hija en el celibato, pues desde su juventud había adoptado el sistema de San Juan Crisóstomo, que escribió que *el estado de virginidad estaba tan por encima del estado de matrimonio, como está el ángel sobre el hombre*. Acostumbrada á respetar á su tío, la señorita Cormón no se atrevía á manifestarle los deseos que sentía de cambiar de estado. Por otra parte, el buen hombre, acostumbrado como estaba al manejo de la casa, no habría visto con buenos ojos la intrusión de un nuevo amo. Preocupado con las miserias que aliviaba y perdido en los abismos de la plegaria, el abate Sponde, poco hablador, afable y benévolo, sufría á veces distracciones que las gentes que le trataban tomaban por chochez. El abate era de elevada estatura, seco, de maneras graves y solemnes, y con una cara que denotaba sentimientos dulces, una gran calma interior, y que, con su presencia, imprimía á aquella casa una santa autoridad. Quería mucho al volteriano caballero de Valois, y estos dos majestuosos despojos de la nobleza y del clero, aunque de costumbres diferentes, se reconocían por sus rasgos naturales. Por otra parte, el caballero se mostraba tan amable con el abate Sponde, como fraternal con sus jóvenes vecinas.

Algunas personas podrían creer que la señorita Cormón buscaba todos los medios de lograr su objeto, y que, entre los legítimos artificios permitidos á las mujeres, ella echaría mano del lujo, se escotaría y desplegaría las coqueterías negativas de su sexo. ¡Pero nada de esto! Rosa se mantenía heroica é inmóvil en sus trece, como un soldado en su garita. Sus ropas, sus sombreros, todos sus efectos se confeccionaban en casa de las modistas de Alençon, dos hermanas jorobadas que no carecían de gusto. No obstante las instancias de estas dos artistas, la señorita Cormón se negaba á emplear los engaños de la elegancia, y quería ser modesta en todo. Búrlese quien quiera de la pobre soltera; pero vosotras, almas generosas que no os preocupáis nunca de la forma que toma el sentimiento y que la admiráis donde existe, la encontraréis sublime. Al llegar á esta parte de nuestro relato, no faltarán mujeres ligeras que intentarán tal vez destruir la verosimilitud de esta narración; que dirán que no existe en Francia ninguna soltera bastante estúpida para ignorar el arte de pescar un hombre; que la señorita

Cormón es una de esas excepciones monstruosas que el buen sentido prohíbe presentar como tipo, y que la soltera más virtuosa y más necia que quiera atrapar un marido encuentra siempre cebo para ocultar el anzuelo. Pero estas críticas quedan anuladas si se tiene en cuenta que la sublime religión católica, apostólica y romana se mantiene aún firme en Breña y en el antiguo ducado de Alençon. La fe y la piedad no admiten estas sutilezas. La señorita Cormón marchaba por la senda de la salvación, prefiriendo las desgracias de su virginidad excesivamente prolongada á la desgracia de una mentira, al pecado de una astucia. En una muchacha armada de tal disciplina, la virtud no podía transigir. Además, tengamos el valor de hacer una observación cruel en un tiempo en que la religión sólo es considerada como un medio por unos, y como una poesía por otros. La devoción causa una oftalmía moral. Mediante una gracia primordial, quita á las almas que se encaminan á la eternidad la presencia de muchas pequeñeces terrestres. En una palabra, los devotos son estúpidos desde muchos puntos de vista. Esta estupidez prueba, por otra parte, la fuerza con que ellos fijan su alma en las esferas celestiales, aunque el volteriano señor de Valois afirmase que es sumamente difícil decidir si las personas estúpidas se hacen naturalmente devotas, ó si la devoción da por resultado el volver estúpidas á las muchachas de talento. ¡Pensad bien en ello! la virtud católica más pura, con sus amorosas aceptaciones de todo cáliz, con su piadosa sumisión á las órdenes de Dios, con su creencia en la huella del dedo de Dios impreso en todas las fases de la vida, es la misteriosa luz que se deslizará en los últimos pliegues de esta historia para darle todo su relieve y que los agrandará indudablemente á los ojos de aquellos que aun tienen fe. Además, si hay en esto estupidez, ¿por qué no se ha de ocupar uno de las desgracias de la estupidez como se ocupa de las desgracias del genio? Aquella es un elemento social infinitamente más abundante que éste. La señorita Cormón pecaba, pues, á los ojos del mundo por la divina ignorancia de los orígenes, y no era nada observadora, como lo probaba claramente su conducta con sus pretendientes. En este mismo momento, una joven de diez y seis años que no hubiera abierto aun ni una sola novela, habría leído cien capítulos de amor en las miradas de Atanasio, mientras que la señorita Cormón no veía nada en ellas y no reconocía en los

temblores de su palabra la fuerza de un sentimiento que no se atrevía á declararse. Como ella misma era vergonzosa, no adivinaba la vergüenza ajena, y aunque capaz de inventar los refinamientos de grandeza sentimental que la habían perdido en un principio, no los reconocía en Atanasio. Este fenómeno no parecerá extraordinario á las gentes que saben que las cualidades del corazón son tan independientes de las de la inteligencia, como las facultades del genio lo son de las noblezas del alma. Los hombres completos son tan raros, que Sócrates, que fué una de las perlas más hermosas de la humanidad, convenía con un frenólogo de su tiempo en que él había nacido para ser un malísimo sujeto. Un gran general puede salvar á su país en Zurich, y entenderse en cambio con los proveedores del ejército. Un banquero de probidad dudosa puede llegar á ser hombre de Estado. Un gran músico puede concebir cantos sublimes y falsificar una firma. Una mujer de sentimiento puede ser una gran necia. Finalmente, una devota puede tener un alma sublime y no reconocer los sonidos que produce un alma hermosa que está á su lado. Los caprichos producidos por las flaquezas físicas se encuentran igualmente en el orden moral. Esta buena criatura, que se desolaba ante la idea de hacer sus golosinas para ella y su anciano tío, había llegado á hacerse casi ridícula. Los que sentían simpatía por ella á causa de sus cualidades ó de sus defectos, se reían de sus matrimonios abortados, y en más de una conversación se llegó á preguntar qué llegaría á ser de tan hermosos bienes, de sus economías y de la herencia de su tío. Hacía ya algún tiempo que la reputaban de ser en el fondo, no obstante las apariencias, una *mujer original*. En provincias no se puede ser original, porque esto equivale á tener ideas incomprensibles para los demás, y allí se quiere la igualdad de talento, lo mismo que la igualdad de costumbres. El casamiento de la señorita Cormón se había convertido desde 1804 en una cosa tan problemática, que *casarse como la señorita Cormón*, fué en Alençon una frase proverbial que equivalía á la más burlesca de las negaciones. Preciso es que el espíritu burlón sea una de las necesidades más imperiosas de Francia, para que esta excelente persona fuese aún objeto de mofa en Alençon, toda vez que no sólo recibía á toda la villa y era caritativa, piadosa é incapaz de decir mal de nadie, sino que se ponía de acuerdo con el espíritu general y las costumbres de los

habitantes, los amaba como el símbolo más puro de su vida y había abrazado con entusiasmo las creencias, las preocupaciones y los hábitos de su país. Sin embargo de sus diez y ocho mil francos de renta, fortuna considerable en provincias, Rosa permanecía al unísono con las casas menos ricas, y cuando iba á su tierra de Prebaudet, lo hacía en una carroza vieja de junco, arrastrada por una mala yegua. Esta carroza, conocida de toda la villa, era cuidada por Jacobito con tanto cuidado como el cupé más hermoso de París, pues la señorita le tenía apego y se servía de ella hacía doce años. La mayor parte de los habitantes celebraban el hecho de que la señorita Cormón no les humillase con el lujo que podría gastar, y es de creer que si ella hubiese encargado una calesa á París, se hubieran comentado mucho más sus frustrados matrimonios. Por otra parte, el coche más hermoso de París no la conduciría á Prebaudet mejor que su vieja carroza, y los provincianos, que sólo miran el fin, se preocupan muy poco de la belleza de los medios, con tal que sean eficientes.

Para acabar la descripción de las costumbres íntimas de esta casa, es necesario agrupar en torno de la señorita Cormón y del abate Sponde á Jacobito, á Petra y á Marieta, la cocinera, que contribuían á la dicha material del tío y de la sobrina. Jacobito, hombre de cuarenta años, pequeño y regordete, encarnado, moreno y con cara de marinero bretón, estaba al servicio de la casa hacía veintidós años, servía á la mesa, cuidaba la yegua, cultivaba el jardín, limpiaba las botas del cura, hacía los recados, cortaba la leña, guiaba la carroza, iba á buscar avena, paja y heno á Prebaudet, permanecía en la antesala por las noches, dormido como un lirón, y, según se decía, quería á Petra, muchacha de treinta y seis años que hubiera sido despedida por la señorita Cormón si se hubiera casado. De suerte que estos dos pobres criados iban ahorrando sus salarios y se amaban en secreto, esperando y deseando el matrimonio de la señorita como esperan los judíos al Mesías. Petra, nacida entre Alençon y Mortagne, pequeña y gorda, era reputada de dirigir la casa, y su cara, que parecía un albaricoque, no carecía de gracia y de expresión. Petra y Jacobito, seguros de un desenlace, ocultaban una satisfacción que hacía presumir que estos dos amantes habían tomado á cuenta parte de su dicha. Marieta, la cocinera, que hacía también quince años que estaba en la

casa, sabía acomodar todos los platos más sabrosos del país.

Tal vez sería preciso contar también á la enorme yegua normanda que arrastraba á la señorita Cormón á su casa de campo de Prebaudet, pues los cinco habitantes de esta casa le tenían gran cariño á este animal, que se llamaba Penélope, que contaba diez y ocho años de servicios y que estaba tan bien cuidada y servida con tanta regularidad, que Jacobito y la señorita esperaban aún poderse servir de ella seis años más. Este animal era un perpetuo objeto de conversación y de ocupación, y parecía que la pobre señorita Cormón hubiese fijado en este afortunado ser el cariño que habría sentido por sus hijos. Penélope había impedido que la señorita tuviese canarios, gatos, perros y toda esa familia ficticia que suelen crearse los seres solitarios, en medio de la sociedad.

Estos cuatro fieles servidores, pues la inteligencia de Penélope había sido elevada hasta el punto de que la comparasen con la de aquellos buenos criados, mientras que la de estos había descendido á la regularidad muda y sumisa de la bestia, iban y venían todos los días y se entregaban á las mismas ocupaciones con la regularidad de un autómeta. La señorita Cormón, como todas las personas agitadas nerviosamente por un pensamiento fijo, se había vuelto impertinente y difícil, más bien que por carácter, por la necesidad de emplear en algo su utilidad, pues no pudiendo ocuparse de un marido, de hijos y de los cuidados que estos exigen, se fijaba en naderías, hablaba durante horas enteras de insignificancias y gruñía durante una hora porque había encontrado una docena de servilletas numeradas con la Z antes de otras que lo estaban con la O.

—Pero ¿en qué piensa Petra?—exclamaba.—Vaya, esta Petra no se ocupa de nada.

La señorita preguntaba ocho días seguidos si Penélope tenía ya el pienso á las dos, por el mero hecho de que Jacobito se había descuidado una sola vez. Su imaginación trabajaba en bagatelas. Una capa de polvo olvidada por el plumero, una rebanada de pan mal cortada por Marieta, la tardanza de Jacobito en ir á cerrar las ventanas en que daba el sol, cuyos rayos se comían los colores de los muebles, en una palabra, todas estas grandes insignificancias originaban graves riñas y eran causa de que la señorita se sulfurase atrozmente.

—¡Cómo! ¿todo está ya cambiado?—gritaba ella.—Mis

criados parecen otros. Es claro, soy demasiado buena, y los echo á perder.

Un día, Petra le dió el *Año cristiano*, en lugar de la *Quincena de Pascuas*, y por la noche toda la villa supo esta desgracia. La señorita se había visto obligada á volver de San Leonardo á su casa, y su salida repentina de la iglesia, donde había tenido que molestar á la gente, hizo suponer enormidades y le obligó á decir á sus amigos la causa de tal accidente.

—Petra, que no vuelva á ocurrir más esto—le había dicho cariñosamente.

Sin sospecharlo siquiera, la señorita Cormón experimentaba una gran satisfacción con estas pequeñas riñas, que servían de emuntorio á sus acrimonías. El espíritu tiene sus exigencias y necesita, como el cuerpo, su gimnasia. Estas desigualdades de humor fueron aceptadas por Petra y por Jacobito como lo son las intemperies de la atmósfera por el labrador, y aquellos tres infelices decían: *¡Hace buen tiempo!* ó *¡Llueve!* sin acusar de ello al cielo. A veces, al encontrarse muy de mañana en la cocina, se preguntaban de qué humor se levantaría la señorita, como consulta el labriego las brumas de la aurora. En fin, que la señorita Cormón había acabado necesariamente por contemplarse á sí misma en los detalles más insignificantes de su vida. Ella y Dios, su confesor y sus coladas, sus golosinas, los oficios que tenía que oír y los cuidados de su tío habían absorbido por completo su débil inteligencia. Para ella, los átomos de la vida aumentaban en virtud de esa óptica propia de las gentes egoístas por naturaleza ó por casualidad. Su perfecta salud daba un valor enorme á la más ligera indisposición de su tubo digestivo, y, por otra parte, vivía bajo la férula de la medicina de nuestros antepasados y tomaba cuatro medicinas de precaución al año capaces de hacer reventar á Penélope, pero que á ella la rejuvenecían. Si Petra, al vestirla, observaba por casualidad que había salido algún grano en los omoplatos satinados aún de la señorita, el tal grano originaba minuciosas pesquisas acerca de los diferentes alimentos de la semana. ¡Y qué triunfo, si Petra recordaba á su ama una cierta liebre demasiado ardiente que debía ser la causa de aquel condenado grano. Con qué alegría decían ambas: «¡No hay duda, ha sido la liebre!»

—Marieta la había cargado demasiado de especias—pro-

seguía la señorita,—y por más que le digo siempre que haga las cosas dulces para mi tío y para mí, Marieta tiene menos memoria que...

—Que la liebre—decía Petra.

—Es verdad—respondía la señorita,—menos memoria que la liebre, tú lo has dicho.

Cuatro veces al año, al principio de cada estación, la señorita Cormón iba á pasar algunos días á su tierra de Prebaudet. Corría á la sazón el mes de mayo, época en que la señorita Cormón quería ver si sus manzanos habían *nevado* bien, palabra del país con que se expresa el efecto producido debajo de los árboles por la caída de sus flores. Cuando la masa circular de los pétalos caídos se parece á una capa de nieve, el propietario puede esperar una abundante cosecha de sidra. Al mismo tiempo que aforaba los toneles, la señorita Cormón veía las reparaciones que había que hacer y ordenaba las plantaciones de su huerta y de su jardín, de donde sacaba numerosas provisiones de frutos y flores. Cada estación tenía sus quehaceres diferentes. Antes de su partida, la señorita daba una comida de despedida á sus contentulios, no obstante sus intenciones de volver al cabo de tres semanas. Así es que la partida de la señorita Cormón era siempre un acontecimiento de resonancia en Alençon. Cuando esto ocurría, todo el mundo iba á verla, su sala de recepción se llenaba y todos le deseaban un buen viaje, como si hubiese de marcharse á Calcuta. Además, al día siguiente por la mañana los tenderos la esperaban en el umbral de sus puertas para decirle adiós, y pequeños y grandes miraban pasar la carroza y parecían comunicarse una grave nueva, diciéndose unos á otros:

—¡La señorita Cormón se va á Prebaudet!

Mas allá, uno decía:

—¡Esa sí que tiene el riñón bien cubierto!

Y un vecino le respondía:

—¡Eh! amigo mío, es una buena persona, y si los bienes cayesen siempre en manos semejantes, no habría un mendigo en el país.

—No me asombra que nuestros viñedos estén en flor, porque veo que la señorita Cormón se va á Prebaudet.

—¿Cómo es que no se casa?—decía otro.

—Yo me casaría con ella de buena gana—respondía un guasón.—El matrimonio estaría así medio hecho, porque se

contaría con el consentimiento de una de las partes; pero lo malo es que la otra no quiere. ¡Bah! al fin y al cabo, yo creo que alzaré con ella el señor de Bousquier.

—¡El señor de Bousquier! ¡si le ha dado calabazas!

Por la noche, en todas las reuniones se decía gravemente: *La señorita Cormón se ha marchado, ó bien: ¿Conque han dejado ustedes marchar á la señorita Cormón?*

Por efecto de la casualidad, el miércoles escogido por Susana para dar el escándalo era este miércoles de despedida, día en que la señorita Cormón se disponía á hacer su periódica excursión. De modo que durante la mañana habían pasado y se habían dicho cosas en la villa que comunicaban el más vivo interés á aquella reunión de despedida. La señora Gransón había ido ya á comunicar la nueva á diez casas distintas, mientras que la solterona deliberaba acerca de las previsiones del viaje, y el maligno caballero de Valois jugaba un *piquet* en casa de la señorita Armanda, hermana del anciano marqués de Esgrignon y reina del salón aristocrático.

Si interesaba á todos ver la cara que pondría el seductor durante la velada, cuanto más no interesaría al caballero y á la señora Gransón el saber cómo recibiría la señorita Cormón la noticia, en su doble calidad de mujer núbil y de presidenta de la Sociedad Materna. Respecto al inocente Bousquier, se paseaba por el Cours empezando á creer que Susana le había engañado y confirmando esta creencia con los principios que tenía acerca de la mujer.

En estos días de gala, la mesa de la señorita Cormón estaba puesta ya á eso de las tres y media. En aquel tiempo, el mundo elegante de Alençon comía á las cuatro como hora extraordinaria, pues generalmente, en tiempo del Imperio, se comía á las dos de la tarde, como antaño; pero se cenaba. Uno de los placeres que más saboreaba la señorita Cormón, placer que estaba basado indudablemente en el egoísmo, consistía en la indecible satisfacción que experimentaba al verse vestida como lo está el ama de una casa que va á recibir á sus convidados. Cuando se ponía en pie de guerra, un rayo de esperanza penetraba en las tinieblas de su corazón, una voz le decía que la naturaleza no la había dotado en vano tan abundantemente y que tal vez iba á presentarse algún hombre emprendedor. Su deseo se refrescaba, como se había refrescado su cuerpo; se contemplaba elegantemente vestida con una especie de embriaguez, y después continuaba

sintiendo esta satisfacción cuando bajaba para dirigir una última mirada al salón, al cuarto de labor y al gabinete. Rosa se paseaba por allí con la alegría sencilla del rico que piensa á cada paso que es rico y que nunca le faltará nada, contemplaba sus eternos muebles, sus antigüedades y sus lacas, y se decía que tan hermosas cosas necesitaban un amo. Después de haber admirado el comedor con su mesa oblonga cubierta de rico mantel y provista de una veintena de cubiertos colocados á distancias iguales; después de haber examinado el escuadrón de botellas que ella había indicado y que ostentaban todas acreditadas etiquetas, y después de haber examinado meticulosamente los nombres escritos en papelitos por la temblona mano del cura, único cuidado que éste se tomaba en la casa y que daba lugar á graves discusiones acerca del sitio que debía ocupar cada convidado, la señorita iba á unirse con su tío, el cual á aquella hora, que es la más bonita del día, se paseaba por la terraza á orillas del Brillante, escuchando el canto de los pájaros anidados en el cubierto sin temor á los cazadores ni á los chiquillos. Durante estas horas de espera, la heredera no se aproximaba nunca al abate Sponde sin hacerle algunas preguntas absurdas, á fin de arrastrar al buen anciano á una discusión que pudiera divertirle. Vamos á dar cuenta de esta particularidad, porque ella acabará de dar una idea exacta del carácter de esta buena mujer.

La señorita Cormón consideraba el hablar como un deber, no porque fuese charlatana, pues, desgraciadamente, tenía muy pocas ideas y muy poca imaginación para discurrir frases; pero creía cumplir así uno de los deberes sociales prescritos por la religión, que nos ordena ser amables con nuestro prójimo. Esta obligación le costaba tanto, que más de una vez había consultado acerca de este punto pueril con su director espiritual el abate Couturier. No obstante la humilde observación de su penitente, que le confesó la rudeza del trabajo interior á que se entregaba su espíritu para tener algo que decir, aquel anciano sacerdote, esclavo de la disciplina eclesiástica, le había leído todo un pasaje de San Francisco de Sales acerca de los deberes de la mujer de mundo y de la plácida alegría de los piadosos cristianos, que debían reservar su severidad para sí propios y mostrarse amables en sus cosas, sin aburrir nunca al prójimo. Penetrada por completo de sus deberes y deseando á toda costa

obedecer á su director, que le había encargado que hablase con amenidad, la pobre mujer, cuando veía que la conversación languidecía, sudaba de congoja buscando ideas para reanimar las discusiones, y entonces soltaba ideas raras como la siguiente: *Nadie puede estar á la vez en dos lugares, á menos que no sea pajarito.* Este dicho despertó un día una discusión acerca de la ubicuidad de los apóstoles, discusión de la cual no entendió ella una palabra. Esta clase de *salidas* le valió entre sus concurrentes el sobrenombre de *la buena señorita Cormón*. En boca de las personas inteligentes de la reunión, esta palabra quería decir que Rosa era ignorante como un ganso y un tanto estúpida; pero muchas personas de su misma talla tomaban el epíteto en su verdadero sentido y decían: «¡Oh! sí, la señorita Cormón es excelente.» A veces, la heredera hacía preguntas tan absurdas, siempre con el objeto de ser agradable á sus contertulios y cumplir sus deberes con el mundo, que el mundo reventaba de risa. Así, preguntaba lo que hacía el gobierno de los impuestos que recibía hacía tanto tiempo, y el por qué no había sido impresa la Biblia en tiempo de Jesucristo, toda vez que databa de Moisés. En una palabra, que pertenecía á la misma familia de aquel *country gentleman* que, oyendo hablar siempre de la posteridad en la Cámara de los Comunes, se levantó para hacer este *speech* que se hizo célebre: «Señores: siempre oigo hablar aquí de la posteridad, y quisiera saber lo que ha hecho esa potencia por Inglaterra». Cuando ocurría esto, el heroico caballero de Valois acudía en auxilio de la solterona con todas las fuerzas de su ocurrente diplomacia para evitar la sonrisa que cambiaban entre sí los implacables semi-sabios. El anciano hidalgo, que gustaba de enriquecer á las mujeres, atribuía ingenio á la señorita Cormón, defendiéndola para-dójicamente, y muchas veces le guardaba tan bien la retirada, que parecía que la solterona no había dicho ninguna tontería. Rosa confesó sinceramente un día que no sabía la diferencia que había entre los bueyes y los toros. El ocurrente caballero contuvo las carcajadas respondiendo que los bueyes no pueden ser nunca más que tíos de los toros. Otra vez, oyendo hablar de la cría y de las dificultades que opone este comercio, conversación que surgía frecuentemente en un país donde existe la magnífica remonta del Pin. Rosa oyó que los caballos provenían de las montas, y preguntó *por qué no se hacían dos montas al año.* El caballero

atrajo hacia sí las risas diciendo que la cosa era posible, al oír lo cual los asistentes le escucharon, y el de Valois continuó:

—La falta proviene de los naturalistas, que no han sabido aún obligar á las yeguas á procrear en menos de once meses.

La pobre señorita Cormón sabía tanto lo que era una monta como de distinguir un buey de un toro. Pero el caballero de Valois servía á una ingrata, porque Rosa no comprendió nunca ninguno de sus caballerescos servicios, y al ver la conversación reanimada, no se creía tan tonta como pensaba. Por fin, llegó un día en que se encastilló en su ignorancia, y perdiendo el temor, Rosa tuvo un aplomo que daba á sus salidas algo de la solemnidad con que los ingleses efectúan sus tonterías patrióticas y que viene á ser algo así como la fatuidad de la estupidez. Al aproximarse á su tío con paso magistral, la señorita Cormón pensaba de antemano alguna pregunta para sacarle del silencio que la apenaba siempre, porque le creía aburrido.

—Tío—le dijo cogiéndose á su brazo y poniéndose alegremente á su lado (ésta era también una de sus ficciones, pues pensaba: «Si yo tuviese un marido, estaría así con él»),—tío, si todo ocurre aquí abajo por la voluntad de Dios, ¿hay siempre una razón de todo?

—Ciertamente que sí—le respondió gravemente el abate Sponde, que, como amaba á su sobrina, se dejaba siempre arrancar de sus meditaciones con una paciencia angelical.

—Entonces, yo quedo soltera porque Dios lo quiere.

—Sí, hija mía.

—Sin embargo, como nada me impide casarme mañana, su voluntad puede ser destruída por la mía.

—Eso sería verdad, si nosotros conociésemos la verdadera voluntad de Dios. No olvides, hija mía, que has puesto delante un *si*.

La pobre muchacha, que había esperado llevar á su tío á una discusión matrimonial mediante un argumento *ad omnipotentem*, quedó estupefacta; pero las personas cuya inteligencia es obtusa, siguen la terrible lógica de los niños, que consiste en ir de repuesta á pregunta y que resulta á veces sumamente incómoda.

—Pero, tío, Dios no ha hecho á las mujeres para que se queden solteras; sino que deben ser todas solteras ó todas

casadas, ya que encierra una verdadera injusticia la distribución de papeles.

—Hija mía—dijo el buen cura,—al hablar así, culpas á la Iglesia, que prescribe el celibato como el mejor medio para llegar á Dios.

—Pero, tío, si la Iglesia tiene razón y todo el mundo fuese católico, el género humano se acabaría.

—Rosa, tienes demasiado talento, y no se necesita tanto para ser feliz.

Semejante respuesta excitaba una sonrisa de satisfacción en los labios de la pobre soltera, y la confirmaba en la buena opinión que ella empezaba á tener de sí misma. Y he aquí como el mundo, nuestros amigos y nuestros enemigos, son cómplices de nuestros defectos. En este momento, la conversación fué interrumpida por la llegada sucesiva de los convidados. En estos días de aparato, esta escena local originaba pequeñas familiaridades entre los criados de la casa y las personas invitadas. Así, Marieta decía al presidente de la Audiencia al verle pasar:

—¡Ah! señor Ronceret, he hecho unas coles con queso nada más que por usted, pues la señorita sabe lo mucho que le gustan y me ha dicho: «No dejes de hacerlas, Marieta, porque tenemos al señor presidente».

—¡Ah! esa buena señorita Cormón siempre es atenta—respondía el justiciero del país.—¿Y las has cocido con caldo, Marieta? Porque así están más ricas.

El presidente no dejaba nunca de entrar en la cocina para charlar un rato con Marieta, dirigir á las cacerolas la mirada del gastrónomo y emitir su opinión acerca de ellas.

—Buenos días, señora—decía Petra á la señora Gransón.

—La señorita ha pensado en usted, y tendrá un buen plato de pescado.

Respecto al caballero de Valois, solía decir á Marieta con el tono ligero del gran señor que se familiariza:

—Vamos á ver, maestra, á quien yo voy á dar la gran cruz: ¿hay algún buen plato para el que sea preciso reservarse?

—Sí, sí, señor de Valois; hay una liebre enviada de Prebaudet, que pesa catorce libras.

Bousquier no estaba invitado. La señorita Cormón, fiel al sistema que ya sabéis, trataba mal á este quincuagenario por quien sentía inexplicables simpatías ocultas en los plie-

gues más profundos de su corazón. Aunque le había rechazado, á veces se arrepentía de ello, y tenía á la vez un presentimiento de que se casaría con él y un temor que le impedía desear este matrimonio. Su alma, estimulada por estas ideas, se preocupaba por Bousquier. Sin confesárselo á sí propia, Rosa se sentía atraída por las formas hercúleas del republicano. Aunque la señora Gransón y el caballero de Valois no se explicasen la contradicciones de la señorita Cormón, habían sorprendido en ella sencillas miradas cuya significación era bastante clara para que ambos procurasen desvanecer las esperanzas que aun conservaba el antiguo proveedor. Dos convidados cuyos quehaceres les excusaban se hacían esperar; el uno era el señor de Coudrai, registrador de hipotecas, y el otro el señor de Choisnel, hombre de gran fortuna, antiguo intendente de la casa de Gordes y notario de la aristocracia, que le recibía siempre con la distinción á que era acreedor por sus virtudes. Cuando estos dos retrasados llegaron, Jacobito les dijo al ver que se encaminaban al salón:

—Están todos en el jardín.

Los estómagos estaban sin duda impacientes, porque al ver al registrador de hipotecas, uno de los hombres más amables de la villa y que no tenía más defecto que el haberse casado por interés con una vieja insoportable y el cometer enormes equívocos que él mismo era el primero en celebrar, se levantó el ligero run-run con que se acoge á los que se retrasan en casos semejantes. Esperando el aviso de ponerse á la mesa, los comensales se paseaban por la terraza á lo largo del Brillante, mirando las hierbas fluviales, el mosaico del cauce, los bonitos detalles de las casas construidas en la orilla opuesta, las galerías de madera, las ventanas de carcomidos marcos, el taller del carpintero, y, finalmente, todas esas miserias de los pueblecitos, miserias que, gracias á la vecindad de las aguas, de un sauce llorón, de las flores ó de un rosal, tienen no sé qué gracia digna de los paisajistas.

El caballero estudiaba todas las caras, pues había sabido que su jugarreta servía ya de pasto á todas las casas de la villa; pero nadie hablaba aún en voz alta de aquella grave noticia, de Susana y de Bousquier. Las gentes de provincias poseen en el mayor grado el arte de comentar los chismes, y el momento de hablar de tan extraña aventura